

La salud en la fábrica y el control obrero

Leonardo Tomasetta

1. Situación de la salud en la fábrica en Italia

Los datos sobre la salud en la fábrica en Italia, independientemente de la fuente o la técnica de relevamiento, concuerdan sin equivocación sobre un punto: nuestro país está en los primeros lugares de la clasificación internacional de las sociedades industriales por ausentismo laboral, directamente determinado por causas traumáticas o patógenas producidas en el lugar de trabajo.

Un promedio de seis muertos diarios sobre cerca de un millón y medio de accidentés de trabajo por año, no significa sólo una primacía absoluta a nivel europeo y mundial sino también un índice altamente significativo de la comercialización de vidas obreras que cada día se realiza sin correlación sobre el mercado del trabajo.

Si se añaden las enfermedades profesionales, es decir, aquella pequeña cantidad de enfermedades laborales que la "ley" reconoce como tales sólo cuando sus efectos destructivos de la salud aparecen como irreversibles, se puede calcular que cada día cerca de ciento cincuenta trabajadores se ven definitivamente expulsados del proceso productivo por graves e irreparables disminuciones de la propia integridad física.

Esto es lo que surge de las estadísticas oficiales a nivel de la destrucción definitiva del patrimonio humano comprometido en el trabajo, pero el cuadro de la salud en la fábrica se hace todavía más dramático si se tienen en cuenta las actividades de desgaste físico y psíquico que se producen y se acumulan cotidianamente y que se manifiestan endémica o

crónicamente bajo la forma de "ausencia por enfermedad". En este punto, contrariamente de lo que se intenta acreditar para sostener la tesis de la "desafición por el trabajo", no estamos todavía en el primer puesto y, por lo menos en lo que respecta al área del Mercado Común Europeo, estamos lejanamente superados en algunos sectores por Holanda y Alemania. Todavía, por lo menos un 46% de las horas no laborables en Italia en un año, deben atribuirse a ausencia, por enfermedad; ausencia que, aun cuando deben remontrarse a causas no estrictamente definibles como patológicas en sentido clínico, constituyen siempre —como lo señala Ferrarotti—

un expediente de autodefensa elemental que los obreros ponen en acción frente a una amenaza objetiva contra su integridad psicofísica.¹

Del resto, en encuentros anteriores, no han faltado informes y relaciones sobre experiencias vividas y sobre investigaciones dirigidas por colectivos de fábrica y centros de medicina preventiva, a través de los cuales los datos analíticos hablan con mayor elocuencia, no sólo en su síntesis cuantitativa sino también, y mejor todavía, en su expresividad cualitativa.

Mi contribución a este encuentro no pretende ser más que, por un lado, una forma de asumir como adquiridos y probatorios los datos y las experiencias traducidas en los documentos; por otro lado, tratar de aportar en el intento de ordenarlos y de explicarlos, tanto en la función expresada por la organización capitalista del trabajo como en conexión con las líneas estratégicas que se infieren de la respuesta política del movimiento de clase.

2. *Dos tipos de aproximación al problema de la salud obrera*

Antes de detenerme sobre este específico terreno de análisis, permítaseme apuntar una cuestión de método que también en el campo científico divide netamente el frente de los estudiosos.

¹ F. Ferrarotti, *La salute in fabbrica: riflessioni per una sociologia del lavoro alternativa*, en "La critica sociologica", 1971, núm. 18, p. 63.

El problema de la salud en la fábrica, y en consecuencia otras cuestiones determinadas por la prevención de los accidentes y de las enfermedades, puede ser afrontado con dos aproximaciones distintas.

La primera, tradicional (por llamarla de alguna manera), se esfuerza en la definición de un cuadro estrictamente médico-sanitario, dentro del cual todos los datos de la patología obrera (tasa de morbilidad, de invalidez y de mortalidad) son reconducidos a sus causas más inmediatas (traumáticas, tóxicas, degenerativas, psicósomáticas, etc.) que se producen en el lugar de trabajo, asumiendo esto último como una cuestión técnico-organizativa en sí concluida, independiente y desvinculada de cualquier ligazón estructural con el modo de producción dentro del cual se determina la relación capital-trabajo.

En este orden conceptual, y de acuerdo a esta orientación metodológica, resulta omitida, por un lado, toda conexión entre lugar de trabajo y estructura socio-económica total; por el otro, son consideradas irrelevantes las mismas condiciones objetivas en las cuales el trabajo está organizado y se desarrolla: tiempos y ritmos de producción, trabajo pesado, largas jornadas laborables, insalubridad de algunos trabajos, falta de aplicación de las normas de seguridad en las nuevas situaciones de peligro creadas por el progreso tecnológico y por los descubrimientos mercantiles.

En consecuencia, aun cuando investiga en base al puro dato clínico, la indagación está casi siempre circunscrita a la eficiencia de las máquinas, a la salud del "microclima", a lo patogénico de las materias utilizadas, a la observación de las normas de higiene y de salubridad. Después se orienta en dirección de la introspección psicológica y el surgimiento del accidente se explica en sentido subjetivista como "propensión" a cometer imprudencias y desatenciones, las cuales estarían sujetas a determinados individuos con escasa calidad de aptitudes y patogénicamente predispuestos (falta de idoneidad física o mental para desarrollar la labor, ausencia de concentración, problemas psicósomáticos, etcétera).

El segundo tipo de aproximación presupone, por el contrario, asumir algunas hipótesis guías, según las cuales:

a) existe una interacción estrecha entre salud en la fábrica y salud en la sociedad;

b) el lugar de trabajo se modela según los valores y las reglas expresadas por la sociedad global;

c) el modo de producción determina también las condiciones objetivas de la organización del trabajo;

d) existe una estrecha correlación entre organización del trabajo y patología del trabajo.

Desde este punto de vista, el dato clínico-sanitario, sin perder en algo su significado objetivo de partida, resulta vinculado a toda una serie de variables más o menos externas, capaces de expresar no sólo las causas inmediatas de su aparición sino también las mismas condiciones estructurales en las cuales el dato se produce. Esto también significa que, una vez establecida la conexión existente entre las distintas variables consideradas, la esfera de la intervención pública tiene la posibilidad de no agotarse en una acción reparatoria de los daños producidos por la organización capitalista del trabajo, sino de operar, con conocimiento de causa, sobre todos los niveles del orden estructural e institucional que determinan la situación de la salud en la fábrica.

Y en efecto, el asumir la hipótesis *a*) permite establecer a qué grado de patogenia interna en la fábrica corresponden situaciones de contagio externo y de alteraciones del equilibrio ecológico (piénsese en algunas sustancias tóxicas y cancerígenas, como por ejemplo los aditivos de la gasolina en base a PB tetraetilo; los detergentes y biodegradables, cuya acción patógena se difunde por el espacio durante el tiempo de producción). Viceversa, las deformaciones por el ambiente externo, los efectos de la urbanización intensiva, el aumento de las distancias y los *stress* del tráfico, las tensiones familiares y la competencia en la escalada consumista contribuyen no poco al aumento de la patología del trabajo y al surgimiento, junto a los accidentes, de todos aquellos fenómenos de desgaste físico y mental consignados bajo el nombre de tecnopatía.

El asumir la hipótesis *b*) permite examinar la relación existente entre estructura y ejercicio del poder en la sociedad y estructura y ejercicio de la autoridad en la fábrica; entre instituciones destinadas al control social de la conflictividad y del comportamiento político e instituciones destinadas al control de la salud y a la prevención de los accidentes en la fábrica; entre los fines y los intereses de la industria de la salud y los de las instituciones públicas para la

atención y la asistencia de los enfermos (hospitales, clínicas y mutuales); entre la industria del "tiempo libre" y las organizaciones recreativas y post laborales.

La hipótesis *c*) lleva directamente a excluir la posibilidad de existencia de un único modo óptimo de organizar científicamente el trabajo. Rehúsa por eso a asumir una neutralidad o indiferencia sobre la solución técnica del proceso productivo respecto a la finalidad del empleo de los medios productivos y a la consecuente forma de la relación de producción que en torno a ella se establece. Este tipo de análisis permite también verificar si, en alguna medida, la razón social del capital empleado (privado, accionario, cooperativo, estatal, mixto, etc.) refleja una racionalidad del proceso productivo orientada por valores o encaminada a fines distintos de los que comúnmente se expresan en la típica empresa capitalista. Al mismo tiempo permitiría determinar, en cada rama de la producción, qué influencias vienen a ejercer sobre el proceso productivo, sobre la división y sobre la parcelación del trabajo, sobre la seguridad y la higiene del lugar de trabajo, sobre el clima social interno y externo a la fábrica, las diversas combinaciones de factores productivos, tanto en términos de composición orgánica del capital como de utilización del multiplicador tecnológico y de la creatividad profesional.

Con la hipótesis *d*) se tiende a definir en qué medida la parcelación del trabajo, la monotonía de las actividades, la obligatoriedad de los horarios, la fijeza de las actitudes físicas y mentales del trabajo en cadena, la pérdida del oficio y del control de los propios movimientos, las órdenes y los ritmos impuestos a tales movimientos, la determinación del salario basada en los incentivos, la pérdida de la finalidad del propio trabajo contribuyen al surgimiento de los accidentes, de las neurosis y de las tecnopatías, con consecuencias a menudo irreversibles.

3. *Las principales contradicciones de la organización capitalista del trabajo*

A nadie escapa la importancia de este segundo tipo de aproximación que por cierto se acerca con mayor amplitud y modernidad a los problemas del mundo del trabajo.

Pero he prometido que abría este paréntesis de orden metodológico sólo para desarrollar el discurso del control obrero de la salud, partiendo de presupuestos analíticos y referentes conceptuales suficientemente progresistas.

Quiero decir, con palabras más claras, que hablar de control obrero de la salud presupone la elección del campo del tipo que acabo de ilustrar. Esto significa también abandonar, desechar, toda explicación del accidente y de la enfermedad de trabajo en base a las leyes probabilísticas del caso y a la exposición al peligro. Pero ser claro en la explicación no significa necesariamente ser también determinante y actual en la respuesta política. Y el control obrero, si no es malentendido, como es posible y como veremos que sucede, es ante todo un instrumento de respuesta política de clase.

Sobre los daños producidos, y no sólo sobre la salud, por la organización capitalista del trabajo existe ahora una literatura tan vasta y ramificada que sería perder el tiempo intentar establecer lo que se aporta y lo que se repite a las cosas ya dichas y verificadas. Existe hoy directamente competencia entre el sociólogo, el médico y el sindicalista por quién ara más en este campo, con el resultado que de esta frenética obra de excavación y de apostolado surge casi siempre un obrero despedazado, fragmentado, víctima viviseccionada en su anatomía corporal y mental. Estos descubrimientos resbalan de la mesa de los investigadores a los estereotipos de los rotograbados de las revistas sectoriales, de la editorial de actualidad, de los servicios televisivos y radiofónicos, de la música y de la cinematografía socialmente comprometida. Con la absorción de esta candente temática por parte de los *mass-media*, el ciclo productivo se cumple y el producto se comercializa hasta el punto de determinar en el consumidor una especie de hábito a la misma calidad excitante que lo caracterizan. El verdadero protagonista de este drama cotidianamente representado, primero se enorgullece viendo que al fin se habla de él, luego se rehúsa a querer desaparecer de la escena cuando advierte que su imagen no se diferencia en nada de sus miserias, por su rol pasivo de instrumento en un engranaje que ahora ha aprendido a conocer en toda su complejidad pero que, precisamente por esto, siente no poder dominar más y aún menos escaparse.

Estoy tratando solamente de traducir con mis palabras lo

que he podido recoger de viva voz de los obreros con los cuales me he dedicado a discutir sobre estas cosas con libertad, fuera de los encuentros oficiales y rituales y de las mismas encuestas programadas a las cuales, por deber científico, estoy obligado de vez en cuando a recurrir.

¿Por qué divulgar el contenido de algunas confesiones que alguien podría atribuir a sujetos particularmente débiles por conciencia de clase y por reacción a su propia condición? ¿Acaso para sostener que todo el trabajo desarrollado hasta ahora ha sido inútil y que las investigaciones específicas no sirven?

Absolutamente no. Aun cuando estoy obligado a diferenciar entre investigación e investigación, deseando que disminuya el número de los numerosos descubrimientos de lo obvio, soy un firme convencido de que para cambiar la realidad primero es necesario conocerla profundamente en cada uno de sus detalles. Pero como lo particular está permanentemente referido al conjunto, así el conjunto no puede ser concebido como una suma o colección de particulares. Diversificación y unidad, análisis y síntesis, son los componentes fundamentales de cuyos entrelazamientos permanentes depende, para un marxista, el avance seguro en el campo del conocimiento de la realidad. Entre estos dos momentos de un único proceso cognoscitivo, existe un margen por demás amplio, dentro del cual las tesis de partida se niegan y se contradicen en sus antítesis, hasta cuando no sea posible nuclear por este encuentro-desencuentro aquellos elementos más resistentes en el momento histórico que los empalma con un proceso cualitativamente más avanzado.

Aplicando este modelo al problema de la salud en la fábrica, la primera contradicción que surge es aquella entre el interés del capitalista por explotar la fuerza de trabajo, aún más allá de los límites de la resistencia y de la seguridad física del obrero y el interés, también del capitalista, de asegurarse la continua reproducción de la misma fuerza de trabajo, tanto en términos de cantidad como de calidad, sin cuya reproducción resultaría gravemente comprometida su primaria función de acumulador de plusvalía. La síntesis de esta tesis y de esta antítesis lleva a considerar menos unilateralmente el problema de la salud, en el sentido de que su defensa no es un problema que interesa solamente a la clase

obrero sino que a partir de cierto punto (y es el punto del cual depende el equilibrio del recambio biológico) interesa también al mismo capitalista. De aquí se explican las recurrentes peroratas (de las cuales Marx en *El Capital* nos da numerosos ejemplos) por parte de personajes influentes de la burguesía intelectual a favor de la reducción de los horarios de trabajo, de la tutela del trabajo femenino y del trabajo de menores, del mejoramiento de las condiciones higiénicas y de las medidas de seguridad. Se explica sobre todo por qué hoy aquellos países que han resuelto antes y mejor que nosotros los desequilibrios internos en su modelo de desarrollo capitalista (me refiero en particular a los países anglosajones y escandinavos) figuran a la cabeza en la cuestión de prevención de los accidentes, de seguridad social, de asistencia sanitaria, de salubridad del microclima en el lugar de trabajo, de consultas psico-terapéuticas y de asistencia social en sentido lato. Ciertamente, si el estado de la salud social se debe medir también, como consideraba Durkheim, por el número y por la distribución de los suicidios o, por un indicativo más apropiado a nuestros días, por los internados por alcoholismo y hábito a las distintas drogas, el cuadro general expresado por la realidad de estos países resulta por supuesto menos optimista. Pero se trata por siempre de países capitalistas, y los que he enunciado en último término reingresan en otro tipo de contradicciones que por ahora no vale la pena analizar como, en relación a la realidad italiana, lo merece el contexto ambiental y estructural en el cual se desarrollaron.

3.1. *Estructura técnica y estructura social de la fábrica capitalista*

El mismo método aplicado a la organización capitalista del trabajo lleva a descubrimientos aún más interesantes, especialmente en lo que se refiere a las implicancias que se pueden recavar sobre la función política del control obrero.

Aquí el análisis permite especificar, en el interior del mismo universo tecnológico que domina la organización del trabajo, dos estructuras distintas no perfectamente integradas pero que más bien tienden a desarrollarse de modo antagónico. La primera de estas estructuras es la que expresa

la relación entre los distintos elementos de la descomposición técnica del trabajo. Considera por esto la relación máquina-hombre, o capital constante-capital variable, o trabajo muerto-trabajo vivo, y es una contradicción que se va resolviendo en el sentido de una primacía del primer término de la relación, el cual decide, más allá de la productividad total del trabajo, también su organización instrumental.

La segunda estructura considera, por el contrario, la totalidad de las relaciones que se establecen entre los individuos asociados en el mismo complejo técnico y define la relación entre las diversas categorías de trabajadores activos en el proceso de producción.

Con el avance del desarrollo tecnológico y con el acentuamiento de la tendencia a la automatización del ciclo productivo, la primera estructura se hace cada vez más jerarquizada y rígida en lo que respecta a la programación de las fases de los temas de sucesión de las actividades particulares. La segunda, en cambio, tiende a reducir las diferencias de habilidad y de especialidad, favoreciendo los impulsos igualitarios tanto en términos de calificaciones como de salarios. Serge Mallet, indagando entre los obreros de las refinerías Caltex de Amberes, había ya notado que uno de los efectos más visibles de la automatización avanzada a través de la cual aquellas instalaciones habían sido concebidas, era el de haber trasladado la atención de los obreros por los problemas del trabajo y de la técnica productiva a aquellos de la gestión financiera y de la contabilidad económica de la empresa.

No deseo atribuir a este resultado el mismo significado destructivo que parece asignarle el sociólogo francés ya que, especialmente en la medida en que el problema del control obrero no se extienda de la fábrica a la sociedad se corre el riesgo de caer en una forma más refinada de participación o de cogestión en la empresa capitalista. Pero me parece que no quedan dudas de que el progreso tecnológico, si por un lado atrofia la creatividad profesional y la mata, por el otro entrega los obreros disponibles para un control que choca con las decisiones económicas y políticas de la actividad productiva. En otros términos, la contradicción de fondo que se va desarrollando con el avance de la automatización no tiene en cuenta tanto la alternativa entre una desprofesionalización masiva y una recalificación de élite sino

que se manifiesta en forma por demás irreducible entre carácter despótico de la organización técnica del trabajo e instancia igualitaria de la organización política y sindical de clase en correspondencia con el desgaste del monopolio profesional de determinadas categorías de trabajadores.

La característica más evidente de las últimas luchas obreras, y el significado más satisfactorio de esas luchas desde el punto de vista político, reside precisamente en la continua expansión del frente de conflicto interno en la fábrica a medida que se reduce el área de la profesionalidad reservada a estratos residuales de aristocracia obrera. Los intentos de desparcelización del trabajo y la experimentación de las nuevas técnicas de la *job rotation* y del *job enlargement*, más allá de su contingente función de recuperadoras de la productividad total y de una renovada afección al trabajo, tienen sin embargo el significado político de limitar y de segmentar una conflictualidad que se va progresivamente generalizando. La misma reestructuración de la calificación alrededor de los nuevos parámetros de la adaptabilidad y de la flexibilidad obreras en la combinación de más tareas repetitivas es el último expediente (en sentido cronológico) al que recurre el capital para reconstruir artificiosamente una estratificación social en la fábrica, donde en cambio el progreso tecnológico impulsa a una nivelación absoluta de las posiciones.

El mismo ausentismo obrero, que asimismo he presentado al inicio como una elemental respuesta defensiva de la clase obrera ante la continua amenaza que pesa sobre su propia integridad física, constituye desde esta nueva óptica el signo más evidente de la no lograda integración de las dos estructuras, una material y otra social; que se enfrentan antagónicamente dentro del mismo proceso productivo.

4. *El rechazo obrero de la organización capitalista del trabajo: del "neo-luddismo" a la utopía "del nuevo modo de hacer el automóvil"*

Llegando a este punto es posible examinar cuáles son los tipos de respuesta alternativa a la organización capitalista del trabajo y cuáles las principales líneas estratégicas expresadas por el movimiento de clase.

Comenzaré por la posición de aquellos que no aceptan el actual modelo organizativo del proceso de trabajo y están de acuerdo sobre la imposibilidad de intervenir en el interior de este modelo para delinear y hacer avanzar formas alternativas de organización del trabajo más adecuadas a los intereses y al objetivo de la clase obrera.

Esta posición no está expresada, sin embargo, con posiciones unívocas y se articula en su interior con actitudes y señalamientos aparentemente antitéticos.

El primer tipo de rechazo, que se aproxima a grandes rasgos a manifestaciones de "neo-luddismo", ve en la máquina y en la tecnología que la sostiene la causa primera del despotismo en la fábrica y de la correlativa servidumbre obrera, que no se interpreta ni se domina con cualquier reforma técnica o política de la organización capitalista del trabajo. Excluye, además, toda forma de participación obrera en proyectos de organización alternativa del trabajo y dirige la lucha hacia la parálisis o el sabotaje de la producción con paros improvisados, "huelgas salvajes", retardos en la alimentación de la "cadena" y, en el límite, incluso daños a la instalación.

A nivel ideológico este tipo de respuesta se inspira en la tradición anarco-sindicalista utilizada para teorizar la estrategia de la crítica total del sistema técnico-productivo y de la acción violenta en su contra como único instrumento válido para poner fin a la explotación obrera y al ejercicio del autoritarismo en la fábrica. Mira con recelo toda propuesta, ya sea táctica o limitada, de corresponsabilización en los proyectos de racionalización del proceso productivo y de institucionalización de las formas de lucha y de las agrupaciones espontáneas que se han formado en el curso de la misma. La administración de la empresa, la elección de las técnicas productivas, la combinación de los factores y la división del trabajo deben restar obligaciones y atribuciones al patrón, hasta que la revuelta obrera, destruyendo las bases mismas del modo capitalista de producción, haga imposible el retorno del autoritarismo y libere el trabajo del determinismo tecnológico.

El segundo tipo de rechazo no desespera, como el primero, acerca de la posibilidad de subvertir, dentro de la misma estructura de la fábrica capitalista, la racionalidad de la técnica y del modo de producir a través de una transfor-

mación que, conociendo la actual división del trabajo, se incline hacia los intereses y a la libre creatividad de la clase obrera. Se sostiene, aproximadamente, que en el momento en el que se reconoce el carácter político de la ciencia y de la técnica, es suficiente contraponer el punto de vista del proletariado al del capitalista para que ciencia y técnica abran la vía a un nuevo modo de producir o, como se ha dicho en los momentos de mayor tensión creativa, a "un nuevo modo de hacer el automóvil". Sin caminar por el mismo surco trazado por Saint-Simon, por Fourier, por Owen y por Proudhon, que querían combatir las injusticias y la opresión subordinando la razón del iluminismo y del progreso técnico-científico a ella ligado a la eliminación de la miseria y de la explotación, los neo-utopistas del socialismo sostienen que la razón de la lucha contra la miseria y la explotación consiste en proporcionar los instrumentos de la nueva ciencia y de la nueva técnica por organizar en forma alternativa dentro de la fábrica capitalista. Estemos atentos, por tanto, a cada cambio de métodos, de tiempos, de ritmos, de las pausas, de las rotaciones, del "ensanchamiento" y del "enriquecimiento" del trabajo, confiados en que de todas estas innovaciones surja un mayor conocimiento obrero de un rol y de una situación de autogestión hasta el punto de hacer valer tiempos propios, ritmos propios, pausas propias, combinaciones de labores propias y conocimientos profesionales en torno a los cuales construir la nueva organización del trabajo.

No se puede, por tanto, decir que a estos neo-utopistas del socialismo les falte el sentido crítico y que su análisis de las modernas relaciones de producción no constituyan todo lo serio y penetrante que se pueda deducir de las contradicciones en las que se debate la sociedad industrial, ya sea en términos de resultados económicos o de afirmación de los valores que la inspiran. No se puede ni siquiera disentir de su declaración prejuiciosa, según la cual, no podrá haber una emancipación efectiva de la clase obrera en tanto que ésta no se apropie de los conocimientos de la investigación y de las técnicas de la proyección y la planificación social. Sin embargo, como ya Marx había comentado en el Manifiesto a propósito del socialismo y del comunismo *crítico-utopista*, profundizando los programas de los nuevos apóstoles de la *ciencia obrera*, se tiene la impresión de que

el proletariado existe para ellos solamente bajo el aspecto de clase que sufre más que las otras

y de que la acción revolucionaria pueda lograr su objetivo con

medios pacíficos tratando con pequeños y, naturalmente, vanos experimentos, de abrir la vía al nuevo evangelio social con la fuerza del ejemplo.

Esta versión utopista del rechazo de la actual organización del trabajo es la que, paradójicamente, más alimenta y objetivamente refuerza la solución reformista del problema. En la medida en que los proyectos de organización alternativa del trabajo deban abrirse camino en la empresa administrada en forma capitalista, los únicos experimentos que tienen posibilidad de ser llevados a término son los que contribuyen a una racionalización del sistema productivo. Pero racionalización en este caso significa corrección del desequilibrio entre productividad de los factores técnicos y productividad de los factores humanos, reactivación de la inventiva obrera y de la responsabilización del trabajo, reducción de los efectos nocivos de los trabajos y del ambiente, mayor eficiencia de las medidas de seguridad, recomposición del profesionalismo y de las jerarquías internas en base a nuevos criterios de fungibilidad de las labores y de la responsabilidad productiva. Todas estas son medidas que la clase obrera no puede dejar de secundar, so pena de su pauperización ya sea en el plano económico o en el técnico-profesional, pero que, constreñidas dentro de la lógica de la racionalidad capitalista y aisladas en una estrategia política de rebasar esta racionalidad, se deben necesariamente resolver en un reforzamiento del equilibrio estructural existente y, por tanto, en una mayor cohesión de las fuerzas sociales y materiales asociadas en el actual sistema productivo.

La fuerza histórica del reformismo y de su repetida afirmación como línea triunfante en la lucha, con perspectivas revolucionarias más radicales, procede directamente de esta necesidad que tiene la clase obrera de medirse y avanzar sobre el terreno que ha sido elegido por su adversario. Pero el reformismo pierde inmediatamente su poder real y descubre también su origen utópico-burgués en el momento en

el que pretende adelantarse fatalmente al advenimiento de la sociedad socialista, orientada por una racionalidad diferente y organizada en torno a un nuevo modo de producir.

Todas las medidas que he indicado antes como las únicas aplicables y dignas de seguir dentro del actual sistema de condicionamientos estructurales, con el concurso cómplice de la misma clase obrera, son otros tantos "medios de adecuación" que el capitalismo se ve obligado a experimentar para prolongar su existencia y que, en un cierto sentido, pueden también representar "síntomas y premisas del orden socialista". Este reconocimiento no quita nada a la utopía de querer evitar el socialismo a través de las reformas, pero pone —como había anticipado lúcidamente Rosa Luxemburgo— la "teoría revisionista" frente a un dilema:

O la transformación socialista continúa siendo la consecuencia de las contradicciones internas del orden capitalista —y, por tanto, junto con este sistema, se desarrollan también sus contradicciones— y, a un cierto momento, se consigue un sacudimiento en ésta o aquella forma; pero en este caso los "medios de adecuación" son ineficaces y la teoría del sacudimiento es justa. O bien, los "medios de adecuación" están realmente en condición de impedir un sacudimiento del sistema capitalista y, por tanto, de mantener vital el capitalismo y de eliminar sus contradicciones; en este caso el socialismo deja de ser una necesidad histórica y puede ser todo aquello que se quiera, menos el resultado del desarrollo material de la sociedad. De este dilema se deriva otro: o el revisionismo tiene razón a propósito del desarrollo capitalista y, por tanto, la transformación socialista de la sociedad no es más que una utopía, o el socialismo no es una utopía y, por tanto, la teoría de los "medios de adecuación" no puede ser sostenible.²

5. *El control obrero como respuesta política revolucionaria*

Situados frente a este dilema, hemos llegado finalmente al punto de poder esclarecer en qué sentido y en cuáles condiciones el "control obrero" puede constituir un instrumento capaz de guiar la "ruta revolucionaria" entre el doble escollo

² R. Luxemburgo, *¿Reforma social o revolución?*, en *Escritos políticos* Roma, Riuniti Ed., 1967, p. 150.

de la respuesta "anarco-espontaneísta" y de la proyección "utópico-reformista".

En ambas, estos escollos son posiciones teóricas consolidadas y prácticas sociales transmitidas por una matriz marxista común, pero solamente después de la fractura de ésta en dos filones separados y contrapuestos. Recorrer alternativamente uno u otro filón equivale a no explotar la bipolaridad de la fuerza del marxismo, corriendo el riesgo de encallar sobre uno u otro obstáculo. Los retardos y los fracasos de la lucha de clase dependen en gran parte de la demostrada incapacidad de traducir en práctica política aquello que el marxismo expresa a nivel teórico y a nivel histórico y de la continua interrelación de procesos materiales y sociales en doble contradicción, tanto en su interior como entre ellos. Esta incapacidad ha llevado, incluso, a resolver de modo fideísta la construcción del socialismo. Y, de hecho, quien privilegia el aspecto material de la transformación social basa la inevitabilidad del socialismo sobre el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, sobre la posibilidad también ilimitada del progreso técnico-científico y sobre la eficiencia y la racionalidad de la organización. Quien privilegia el aspecto subjetivo-social tiende a acentuar la función educativa de la organización de clase y a hacer depender el impulso revolucionario casi exclusivamente del crecimiento de la conciencia y de la penetración ideológica.

El control obrero no se sustrae a esta doble tendencia fideísta por la cual viene a veces propuesto como instrumento de racionalización de los procesos productivos y organizativos del trabajo, dirigido a la defensa de la explotación y a la tutela de la salud obrera en clave psico-fisiológica, y a veces resuelto en una fórmula propagandística, dirigida a exaltar una genérica e indeterminada conciencia revolucionaria, una espontánea creatividad obrera, sea en términos de soluciones técnicas o de instrumentos organizativos de lucha.

Quien está habituado a razonar solamente a través de proposiciones simples, construidas con una lógica lineal y no contradictorias en absoluto, continuará preguntándose si después de esta precisión la clase obrera deberá luchar por la defensa de la salud en la fábrica, por el mejoramiento de las condiciones y del ambiente de trabajo, por las reformas de las instituciones propuestas para la seguridad social, la sanidad, la instrucción, la asistencia de los servicios sociales

en general, o no deberá siquiera dejar todas estas medidas a la iniciativa del capital, objetivamente llevado a tomarlas por motivos de sobrevivencia, tratando de evitar que el costo de esta operación se traduzca en una contención de los salarios y en una corresponsabilización en la programación empresarial, que atenúe la función emergente de la lucha de clase e inmovilice las fuerzas para el enfrentamiento final.

A este interrogante conviene responder rápidamente que por ninguna razón la clase obrera puede dejar de medirse en el terreno elegido por el adversario y que, por tanto, la defensa de la salud, la lucha por las reformas sociales, así como no constituyen iniciativas exclusivas y autónomas del movimiento obrero, no son ni siquiera concebidas como soluciones fatalmente destinadas a aumentar la fuerza del capital. El problema de fondo no es el de una opción abstracta entre reforma y revolución, sino el de referir continuamente a la primera dentro del proceso de la segunda, que no es nunca un proceso obligado, progresivo, determinista o irreversible a voluntad. La historia enseña que el socialismo no ha dado ni podrá dar una cita a la clase obrera a una hora fija, y si no puede ofrecer atajos para esta cita, ni siquiera puede garantizar caminos empedrados de asfalto para recorrerlos como en una autopista. La lucha por las reformas, así como la lucha por el salario, de la que constituye una integración y no una subrogación, es, no obstante, una necesidad y una posibilidad conjunta de alimentar la misma lucha política. Cuando esta lucha sostiene directamente el carácter prioritario de la defensa de la salud respecto a cualquier otra reforma o iniciativa, este hecho emerge todavía más claro, aun cuando se deba considerar, como me ha parecido obligado precisar, que la tutela de la salud en la actual racionalización estrecha del modo de producción capitalista, no es una cuestión de exclusivo interés obrero.

Pero si el control obrero se redujera a esto, es decir, a una lucha dura y prolongada para reducir, anular o prevenir los daños producidos por la insalubridad y por el desgaste psicofísico del progreso tecnológico y del empleo mercantil, no se estaría muy lejos del "control social" que, para repetir una expresión de la Luxemburgo,

no constituye un golpe a la explotación capitalista, sino, más bien, su normalización y regularización.

Decía al principio que el control obrero es, ante todo, un instrumento político de clase relacionado con un problema de fondo, que consiste en referir continuamente la lucha por las reformas al proceso revolucionario.

No quiero ni puedo en esta sede extenderme sobre el significado de esta última atribución que, mientras podría resultar obvia y obsoleta para algunos, a otros podría parecer provocadora y ritualista. Pero permítanme al menos ejemplificar, a propósito de la salud, que en la medida en que se considera que una amenaza permanente de la salud proviene de un cierto modo de subordinar la ciencia, la técnica y la organización misma del trabajo a los intereses y al objetivo de la clase dominante, la única lucha verdaderamente efectiva, incluso en este campo, es aquella que tiene por objetivo la eliminación de toda hegemonía de clase, la restitución a los productores de la posibilidad de fundar el uso de la ciencia y de la técnica en sus necesidades, establecidas autónomamente como comunes y prioritarias de acuerdo a una racionalidad inspirada en la igualdad de resultado para individuos natural y socialmente desiguales.

Si es éste todavía el sentido del comunismo, y si la revolución que demandamos expresa realmente el conocimiento del desarrollo radical que un objetivo de este tipo debe presuponer en la estructuras de la producción, del poder y de las jerarquías, no debería resultar difícil establecer el momento en que el control, aun cuando ejercido por la clase obrera, deja de ser sectorial, corporativo, o si se quiere, social, para convertirse en "político"; es decir, orientado a una finalidad que no sea solamente defensiva, sino dirigida a acelerar y a hacer inevitable el paso de un tipo de sociedad a otra, demostrando incluso la ineficacia de los "medios de adecuación" que el capitalismo se ve obligado a adoptar y la clase obrera a secundar, para hacer partir la nueva lucha de posiciones siempre más avanzadas.

Desde este punto de vista, no existe lucha por las reformas que no tenga un indudable límite reformista. El reformismo se compone, al menos, de dos elementos relacionados e interactuantes entre ellos: uno consiste en asumir el advenimiento del comunismo como una sucesión de pasos graduales, por etapas o fases históricas, rígidamente programadas; el otro consiste en transferir, en esta programación, los mismos principios autoritarios, jerárquicos y or-

ganizativos de la técnica incorporada en la fábrica capitalista.

Por lo tanto, ahora el control obrero, en la acepción política de la que hablaba, no es solamente límite o impedimento a la acción de explotación del capitalista, sino también implica vigilancia y corrección continua de la lucha reformista a la que la clase obrera no puede sustraerse y que necesariamente debe ser organizada con los instrumentos disponibles dentro de la sociedad burguesa.

El control obrero, así entendido, no se puede reducir a una fórmula y, ni siquiera, a una de las posibles instancias del pluralismo democrático que se organiza y circunscribe al interior de la fábrica. Es, por un lado, conocimiento de la irracionalidad de la organización capitalista del trabajo respecto a los fines y a los valores del comunismo y, por otro, la imposibilidad de poder afirmar una racionalidad diferente hasta que la lucha no impregne directamente las estructuras del poder que sostienen tanto al autoritarismo en la fábrica como al despotismo en la sociedad y en las instituciones de todo tipo, en las que se articula la voluntad del Estado. De este doble conocimiento se desprende que el control obrero es negación determinada y permanente de aquello que, en síntesis, definimos como "sistema", pero que en lenguaje más corriente y accesible podemos traducir como modo de producir, de administrar, de decidir, de comunicar, de aprender y de convivir. Todas estas funciones están estrechamente condicionadas una por la otra y son propuestas como un bloque de mercancías que podemos adquirir sólo en la forma y al precio establecido por quien monopoliza el mercado de las necesidades. En la medida en que el control obrero tenga por objetivo rebasar esta estructura y asumir que son las necesidades señaladas en forma autónoma por la colectividad las que determinan y coordinan las funciones sociales y no al contrario, se podrá, sin duda, afirmar que el fin último del control obrero es la autogestión de todos los medios encaminados a satisfacer toda la gama de necesidades colectivas.

He hablado de fin último y no de coincidencia entre autogestión y control obrero, para evitar un fácil retroceso a la utopía pequeño-burguesa que, como he aclarado antes, constituye el giro populista del socialismo pre-científico.

El problema de la relación coherente entre fines y medios

del socialismo no puede ser maquiavélicamente resuelto separando completamente la estrategia de la táctica: pero no debería haber siquiera dificultad en reconocer que, en una situación dominada por los intereses, por la racionalidad y por la disponibilidad del modo de producción capitalista-burgués, todo programa de autogestión será agotado fatalmente en una práctica de co-gestión de las opciones y de los objetivos del adversario de clase.

Incluso si, como ha escrito Panzieri,

el control obrero expresa la necesidad de llenar el "salto" actualmente existente entre las reivindicaciones obreras más avanzadas a nivel sindical y la perspectiva estratégica, al punto de poder ser comprendido como preparación de situaciones de "dualismo de poder" en relación a la conquista política total³

queda el problema de que este hecho está restringido a moverse y organizarse dentro de márgenes muy determinados por las contradicciones que se generan dentro del proceso de racionalización capitalista. Este proceso será más largo y menos incisiva y generalizada será la lucha por utilizarlo como una etapa de presión y de impulso hacia su conclusión; aumentarán más las probabilidades de que incluso el control obrero se agote y se corrompa en un enésimo "medio de adecuación", al que recurre el capitalismo para apuntalar su edificio en peligro. Y esto porque, como decía al principio, también el control obrero está llamado a hacer cuentas con el instrumento disponible dentro de la sociedad burguesa.

6. Autogestión y control obrero

Quando se habla de instrumentos de lucha de clase dentro de la sociedad burguesa, se piensa inmediatamente en el sindicato y en el partido. Hoy, sin embargo, precisamente en relación con las instituciones más típicas e inmediatas del control obrero, se necesita hacer también un espacio a los consejos de fábrica y de zona. Se trata, como todos sabemos,

³ R. Panzieri, *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*, en "Quaderni rossi", 1961, núm. 1, p. 71.

de las nuevas expresiones de democracia obrera surgidas al calor de la lucha y de la autonomía de clase, demandadas y exaltadas por el clima efervescente del 68 y por la manifestación estudiantil a nivel mundial. Sin embargo, también este experimento de democracia directa en la fábrica y en los barrios tiene sus precedentes históricos, casi todos de momento muy breve y coincidente con períodos de enorme tensión revolucionaria; y casi todos recuperados finalmente, en toda su carga innovadora, por las instituciones tradicionales del Estado representativo, ya sea de signo pluralista o declaradamente clasista.

He tenido oportunidad, en otra ocasión, de formular algunas hipótesis acerca de la línea a seguir por los consejos de fábrica y de su relación con el sindicato, por una parte, y con el partido, por la otra.⁴ Para no repetirme aquí y, sobre todo, para no abusar de la atención de los compañeros con la introducción de un nuevo elemento problemático, me limitaré a recordar que todo juicio sobre la función revolucionaria de los consejos de fábrica permanece todavía suspendido en el doble cuestionamiento de cómo haremos, por un lado, para resistir las presiones integradoras de las instituciones tradicionales y, por otro, para generalizar los contenidos políticos de la autodeterminación obrera de la gestión del poder, tanto en la fábrica como en la sociedad, eludiendo incluso las sugerencias de las fáciles soluciones corporativas.

Para regresar a la relación sindicato-clase-partido, que además es un modo de retomar el discurso de la organización proletaria en un ámbito más tradicional, se necesita realizar un esfuerzo para evitar la tentación, ya sea de una mítica identificación de uno u otro término extremo de la relación con el intermedio, o de una convencional diferenciación de los dos términos extremos.

La clase es la única realidad estructural que figura al centro de esta relación debido a que el sindicato, por un lado, y el partido, por otra, representan formas históricamente transitorias de su organización en el ámbito institucional. Es en este sentido, y también por el carácter contractual de la adhesión a estas instituciones, que Gramsci consideraba sindicato y partido como

⁴ Remito a mi informe sobre *I consigli di fabbrica a Bologna*, en "Fabbrica e Stato", 1972, núm. 4.

organizaciones revolucionarias que no superan al Estado burgués y que no pueden abarcar todo el movimiento múltiple de fuerzas revolucionarias que el capitalismo desencadena en su proceder implacable de máquina de explotación y opresión.⁵

El hecho de que sindicato y partido estén constreñidos dentro del ámbito institucional del Estado burgués, explica por qué su relación con la clase está regida por los mismos principios de la división del trabajo que afirma la sociedad capitalista. No sólo se tiende a establecer que el sindicato debe limitar su propia esfera de acción a la defensa de los intereses económicos de clase y el partido a la de los intereses políticos, sino que se quiere volver a afirmar a toda costa una jerarquía entre partido y sindicato en relación a la opción estratégica del movimiento de clase. Las artificiosas y extenuantes disputas en torno al partido como "lazo de transmisión" del sindicato y la tendencia de este último a acentuar su propia autonomía, incluso en competencia y contraste con el partido, señalan cómo la corrupción de la asimilación de los principios burgueses de la división del trabajo ha sido determinante en la organización misma de la "única lucha de clase".

Con esto, quede claro, no quiero afirmar absolutamente que el problema de la relación sindicato-partido sea un problema falso y fácilmente eliminable con una operación intelectual que, al asumir que la lucha de clase es una e indivisible, infiera la necesidad inmediata de una única organización de clase. El Estado burgués y la división del trabajo que lo sostiene son una realidad que no se puede cancelar con operaciones de este tipo. Intento, más bien, explicar que en la medida en que, al medirse con la realidad, se encare el sostén y fundamento de la "clase" en cuanto tal y no uno u otro de sus componentes institucionales, la relación sindicato-partido deja de ser una relación jerárquica fundada en la división del trabajo y se convierte en una relación dialéctica considerada en su unidad-diversidad. Quiero decir, en palabras más simples, que sindicato y partido podrán continuar existiendo como cuerpos separados de la misma organización de clase y desarrollar su propio rol sobre pla-

⁵ A. Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*, en "L'ordine nuovo", del 5 de junio de 1920. Ahora en *Scritti politici*, Roma, Riuniti Editores, 1967, p. 334.

nos diferenciados de las costumbres y convenciones de la sociedad burguesa, a condición, sin embargo, de que su unidad sea continuamente reconstituida y comprobada sobre la base de las decisiones y de los intereses políticos y económicos expresados directamente por la clase en lucha, por su propia y definitiva emancipación.

De aquí la importancia del control obrero y de sus instituciones de democracia directa, como los consejos de fábrica y de zona, o los colectivos políticos de barrio, pero también de aquí la necesidad de que ninguno de estos organismos, o los que la clase obrera vaya constituyendo en su proceso de autotransformación de la propia condición, sea destruido por la estructura formal y el poder disciplinario de las instituciones tradicionales que surgen "en el campo de la democracia burguesa".

La función de la "vanguardia" de clase no es una invención jacobina ni se confunde con una concepción claramente iluminista de la lucha de clase, ya que en cada situación habrá siempre individuos que se adelanten a los tiempos, ya sea sobre el plano de la teoría o de la práctica revolucionaria. Es una función, sin embargo, que no puede ser reconocida por una alta investidura o por el mérito adquirido de la consideración pública, porque una vanguardia no pertenece jamás a su tiempo y serán siempre las circunstancias históricas las que decidan si ha sabido ejercer esa función. Las vanguardias se vuelven peligrosas, y realmente contradicen su origen jacobino cuando, en lugar de preceder, sustituyen, se sobreponen o engañan a la clase, estableciendo con ésta una identidad tanto absoluta como arbitraria, al punto de monopolizar su representación imponiéndole, incluso, su propia hegemonía minoritaria.

Porque la función de la vanguardia no está jamás desligada de una confrontación dialéctica con todos los componentes del movimiento de clase, buscando y desarrollando en ellos la negación de la propia función a través del crecimiento y la generalización de postulados más avanzados que su experiencia anticipatoria.

Se plantea ahora el dilema: ¿centralismo o autogestión?

En la medida en que la clase y el partido, sin perder sus peculiares características estructurales e institucionales, reconstituyan su unidad en el objetivo final de la lucha de clase, la alternativa no se plantea.

La autogestión, en este caso, pierde sus contornos utopistas y no corre el riesgo de confundirse con la práctica de la cogestión del poder ajeno.

Referida a la organización de la lucha de clase y a la defensa de su finalidad última, la autogestión es sólo otro modo de definir el control obrero en relación a la opción y a la dirección de los instrumentos a utilizar para lograr los objetivos de la lucha de clases. Resuelve, por tanto, en el único modo correcto, la relación de la clase con el sindicato, el partido y la vanguardia.

La autogestión del control obrero es la única forma posible de autogestión en el interior del sistema burgués. La única que puede eliminar las contradicciones entre fines y medios del socialismo y puede delinear el "dualismo de poder" que ha de avanzar con el control obrero.